

El taller va a la radio

Por: David Vásquez Muriel

Coordinador de experiencias y contenidos de la Universidad de los niños EAFIT

Una idea resume lo que hemos aprendido en la Universidad de los niños EAFIT sobre hacer programas de comunicación de la ciencia en radio: un buen programa de radio es un taller educativo sonoro. Tanto el taller como el programa se basan en la diversidad como elemento enriquecedor, la ausencia de jerarquías respecto al conocimiento y la pregunta como puerta a la conversación y el intercambio de saberes.

Radio, infancia y ciencia en tres programas

La Universidad de los niños EAFIT ha desarrollado tres estrategias radiales, todas ellas en alianza con Acústica, emisora web de la Universidad EAFIT. La primera de ellas es *Llegó carta*, se desarrolló entre 2013 y 2016. En los 6 minutos de cada episodio, un niño y una niña se reunían en cabina para presentar una pregunta formulada por sus pares y la respuesta que habían cons-

truido previamente a esta pregunta especialistas de EAFIT junto con el equipo de comunicaciones de la Universidad de los niños. ¿Por qué los caballos duermen parados?, ¿Cómo hacen las palomas mensajeras para saber a dónde ir? y ¿Por qué nos enamoramos? son algunas de los episodios que hicieron parte de esta estrategia.

Por ese entonces también surgió *Con la ciencia en la cabeza*, un proyecto financiado por Colciencias (ahora Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación). 11 investigadores y 17 ciudadanos, entre 14 y 30 años de edad, participaron en talleres que abordaron, desde una perspectiva científica y ciudadana, siete preguntas sobre problemáticas actuales de Colombia. Los talleres fueron llevados a una serie de 30 microprogramas radiales, por eso este formato fue llamado *radiality*. Algunos de los episodios que pueden escucharse de esta estrategia son ¿Cómo viven las personas en las cárceles de Colombia?, ¿Por qué hay ricos y pobres en Colombia? y ¿Cómo se movilizan las personas en nuestras ciudades?



Sofía Londoño, participante en la Universidad de los niños, Álvaro Posada, niñólogo especialista en crianza y educación, y Tatiana Bustamante, comunicadora de la Universidad de los niños, conversan durante el episodio ¿qué significa ser un niño o una niña? Foto: Agustín Patiño Orozco.

En 2018 nació *un, dos, tres por la ciencia*, un programa que, a diferencia de los anteriores, reúne en cabina a un niño, una niña y uno o dos especialistas en diversas áreas científicas para conversar a partir de preguntas. Al igual que *Con la ciencia en la cabeza*, las respuestas a las preguntas se construyen durante la grabación; así, en lugar de un libreto que se lee en voz alta, se sigue un guion que orienta los episodios con base en secciones. ¿Cómo se pueden curar los bosques enfermos?, ¿Por qué nos gustan tanto los memes? y ¿Cómo saber si una noticia es cierta? son tres de los más de 40 episodios que pueden escucharse de

un, dos, tres por la ciencia en Spotify, Google Podcasts, SoundCloud y Ivoox.

Siete años de hacer radio educativa nos han permitido experimentar y aprender. En esta edición de Catalejo compartimos algunas reflexiones que pueden orientar el desarrollo de estrategias radiofónicas.

La pregunta abre camino

Así como las experiencias de aprendizaje que viven los niños y las niñas en el campus, los contenidos radiales también se desarrollan a partir de una pre-



gunta. Por ejemplo, en un episodio sobre la fabricación de injertos de piel, en vez de plantear el tema como una frase “El cultivo de piel en los laboratorios”, usamos la pregunta “¿Cómo se cultiva piel en los laboratorios?”. La pregunta es un enunciado abierto que interpela a quien la escucha o la lee, deja espacio para que cada persona, esté o no en la cabina de radio, se cuestione y complete el enunciado con una afirmación o con más preguntas.

¿Cómo formulamos estas preguntas? Primero seleccionamos temas relevantes para la sociedad en un ámbito local, nacional o global. Por ejemplo, *Con la ciencia en la cabeza* abordó problemáticas nacionales: «Los talleres se diseñaron en torno al hacinamiento carcelario, la prestación de servicios de salud, la movilidad, la explotación ilegal de recursos, la pobreza, el conflicto armado y el desplazamiento forzado», cuenta Juan Felipe Araque, coordinador de comunicaciones en ese entonces. Luego de escoger el tema, hay varios caminos según el tiempo y la posibilidad de preguntar directamente al público objetivo. A veces capturamos las preguntas en talleres, grupos focales o eventos. A veces les enviamos un estímulo (un video, un sonido, una pieza gráfica) sobre el tema y les pedimos que nos cuenten las preguntas que les genera. En otras ocasiones, buscamos expresiones cercanas o llamativas para el público del programa y jugamos con ellas para plantear

preguntas abiertas, es decir, que no se responden con un sí o un no. Así nos alejamos de expresiones frías que tienen más cabida en un informe de gestión que en un episodio que muestra la calidez de la ciencia.

Por ejemplo, para un programa dirigido a público infantil sobre la migración de las aves, en vez de elegir preguntas como ¿Qué factores intervienen en la migración de las aves? o ¿Cómo se da la migración de las aves?, escogimos la pregunta ¿Por qué los pájaros nos hacen visita?, que expresa un vínculo entre las personas y los pájaros e incluye la tan usada locución verbal «hacer visita», quizá más usada en nuestro contexto que «visitar».

La comunicación educativa transforma

Hacer radio con niños y niñas que no suelen conversar cara a cara con especialistas o que nunca han participado en estrategias de comunicación pública es un reto doble. Por un lado, y como en todo producto comunicativo, hay que crear programas que sean atractivos y relevantes para la audiencia. Por el otro, hay que propiciar un proceso educativo en el que los niños y las niñas desarrollen habilidades comunicativas, que abarcan desde asuntos técnicos como el manejo de la voz o el uso del micrófono, hasta cuestiones más profundas como pasar de concebirse receptor respetuo-

so del conocimiento a interlocutor crítico de este.

En el caso de *Llegó carta*: «Hubo que hacer una formación previa, porque los niños tenían que leer bien: articular, modular la voz e imprimirles intención a las oraciones y no estaban muy familiarizados con nada de eso. Lo que habían escuchado en radio era música, no locuciones, eso es una cosa más adulta. Entonces hacíamos lecturas de guion, como en el cine o en el teatro. Al principio ellos leían los guiones como si estuvieran leyendo cualquier tipo de documento, entonces les mostrábamos ejemplos, les planteábamos preguntas y escenarios imaginarios que los llevaran a sentir lo que leían y a ponerles una

intención a las palabras. Fue un trabajo arduo, de repetir y repetir, pero poco a poco los niños iban fortaleciendo sus habilidades», dice Juan Felipe Araque.

Por otro lado, *Un, dos, tres por la ciencia* nos planteó un escenario inexplorado: el encuentro entre niños, niñas y especialistas sin la sensación de un grupo de pares. En la Universidad de los niños estábamos acostumbrados a espacios de encuentro entre uno o dos especialistas y, como mínimo, 20 niños y niñas, una cifra que se reduce a uno o dos en este programa radial. En este escenario la atención se concentra en unas cuantas personas y las decisiones comunicativas de los niños y las niñas son determinantes para que se cumpla



Sandra Aguirre, participante de *Con la ciencia en la cabeza*, describe su experiencia creando un mandala basado en la movilidad de las personas en las ciudades. Foto: Robinson Henao.

el propósito del programa de visibilizar sus voces y subjetividades.

En los primeros episodios notamos que los niños y las niñas que se iniciaban en el proceso solían limitar su participación a escuchar y asentir y que las personas adultas tendían a asumirse como transmisoras de conocimiento. Y esto era esperable considerando lo escasas que son las conversaciones de tú a tú entre niños, niñas y especialistas. Hemos naturalizado la idea de que los niños y las niñas aprenden y las personas adultas enseñan, hay una inercia cultural que tiende a convertir lo que debe ser una conversación, en el sentido estricto de la palabra, en un monólogo.

Por esta razón, decidimos contar con un grupo más o menos estable de niños y niñas que participan en el programa, para poder acompañar el fortalecimiento de sus habilidades comunicativas y animarlos a apreciarse como interlocutores que pueden aportar desde sus historias, saberes previos, deseos, sentimientos, imaginaciones y preguntas. Hemos sido testigos de cómo este grupo ha ido adquiriendo mayor seguridad y autoconfianza, basta comparar el primero y el último episodio de un participante para notar la diferencia. «No creo que uno les enseñe algo muy profundo a los investigadores, pero uno sí puede cambiar sus perspectivas. Yo puedo dar una mejor idea a los investigadores sobre lo que ellos saben», dice Sofía Arango, niña participante.

También hemos incluido en la preparación de los episodios unas orientaciones para las personas adultas sobre comunicación con población infantil. Las invitamos a pensar qué esperan aprender de los niños y las niñas, a conversar a partir de preguntas, a promover que sus interlocutores tomen las palabras y las interpelen y a buscar puntos en común con ellos. Sobre todo, a recordar que el objetivo no es enseñar un montón de conceptos e ideas, sino conversar genuinamente a partir de una pregunta.

En el programa *Con la ciencia en la cabeza* también pasó algo similar: «Al principio los chicos y los investigadores eran un poco reacios a la interacción. Pero la metodología de los talleres ayudó a que se creara una cohesión y una confianza entre todos. Creo que eso hizo que fluyeran tan bonito los talleres y que se generaran esas discusiones tan potentes y esas reflexiones tan tremendas que quedaron registradas en los programas radiales», añade Araque.

Crear en equipo y con empatía

Algo ha caracterizado a los tres programas de radio: han sido el resultado de un trabajo en equipo que tiene en cuenta las realidades de quienes participan, como locutores o como oyentes. Por ejemplo, en *Llegó carta* se tuvieron en cuenta las opiniones de niños y niñas en la creación de la estructura del





programa. «Después de tener una idea esbozada, la presentamos en varios grupos focales con participantes de la Universidad de los niños y, con base en sus apreciaciones, hicimos una reestructuración y volvimos a convocar estos grupos para que escucharan un piloto. Así hicimos los ajustes finales y empezamos a grabar», dice Juan Felipe Araque. Respecto a *Con la ciencia en la cabeza*, agrega: «Los programas radiales eran el producto, por un lado, de los talleres que diseñábamos en el área de comunicaciones y el área de metodología y, por el otro, de las conversaciones que teníamos con los ciudadanos y los investigadores. Era un trabajo colaborativo muy bonito».

Del mismo modo, en *Un, dos, tres por la ciencia* también se construye a partir de una conversación constante con quienes participan. Antes de cada episodio, nos reunimos con el niño y la niña locutores para pensar cómo orientar las secciones y hacerlo más divertido e interesante. También les invitamos a grupos focales para que nos cuenten cómo les parece el programa y cómo sienten que los ha transformado. «Soy muy conversadora y confianzuda, eso se ha incrementado con el podcast. Muchos episodios me dejan enérgica, emocionada, con ganas de salir y contarle a todo el mundo lo que aprendí», dice Sofía Londoño. «Siento que el podcast me ayuda a expresarme mejor y a sentirme más libre», dice Joaquín García. Del mis-

mo modo nos reunimos con sus papás y mamá: «Celeste se alegra mucho cuando la invitan a un episodio. Investigamos el tema en familia, con videos en YouTube o libros, y ella prepara un cuadernito con preguntas para hacer. Los programas la dejan feliz, hasta ha soñado con los temas de los que hablan», nos contó Walter Lopera, el papá de Celeste.

Además, evaluamos la percepción de quienes participan como especialistas por medio de conversaciones y cuestionarios. Estas evaluaciones nos plantean nuevos retos, por ejemplo, en este momento estamos dando mayor visibilidad a los saberes previos del niño y la niña. Y los oyentes también nos cuentan sus apreciaciones por medio de un cuestionario; así logramos identificar otros temas y preguntas de interés en comentarios como «Son muy interesantes, los felicito. Me gustaría profundizar en los animales en vía de extinción. Gracias por ese aporte que le dan a nuestro conocimiento» o «una recomendación sería que trabajen temas más concurrecidos, algún tema sobre el internet o sobre el Covid-19».

Así, crear espacios e instrumentos para escuchar y conversar con las personas involucradas en los programas radiales ha sido clave para evaluar nuestro trabajo desde diversas perspectivas, una manera de mirar más allá del propio ombligo y tomar decisiones empáticas.

